

lugar vecino, donde se le prodigaron auxilios, que no evitaron que el africano quedase estropeado por durante su vida.

También un viejo hotentote, al regresar á su casa, notó que le seguía un león. Al cabo de dos horas, el felino seguía á una distancia de doscientos metros. El indígena abrigaba el temor de que al llegar la noche el león se lanzaría sobre él. La situación era crítica y apurada, pues aquel pobre diablo iba armado sólo de un bastón, y sabía que no podía llegar á su casa hasta después de anochecido.

¿Qué hacer? Nuestro hombre iba caminando con paso ligero, sin saber qué resolución tomar. La campiña era árida, desnuda: ni un árbol, ni un solo refugio. Por fin le acudió una idea.

Hállanse, en aquellos sitios, rocas de considerable altura, que por un lado forman una pendiente casi insensible, y por otro están talladas casi verticalmente y forman un precipicio; y se apellidan *kliprou*.

Hallar un *kliprou*, fué la sola preocupación del viejo hotentote. Por fin, la halló; y, subiendo por la pendiente suave, alcanzó la cima, se sentó colgando las piernas por el lado del precipicio, y volviendo la cabeza hacia su perseguidor.

El león se paró. Así permanecieron el hombre y la fiera, mirándose fijamente, hasta que anocheció. Entonces el hotentote deslizóse apoyando el pie en las quebraduras y tajos del precipicio; y quitándose el pañuelo que cubría su cabeza, y su capa, envolvió con ellos el bastón, que levantó en alto á guisa de improvisado maniquí, por encima de la más alta roca.

No aguardó mucho tiempo. Durante estos preparativos el león había subido cautelosamente, vió al maniquí, creyó que era el hotentote, y, lanzándose sobre él, cayó en el fondo del precipicio.

El hotentote, bien agarrado á las puntas de las rocas, gritó *¡katsil! ¡katsil!* interjección que equivale á las más violentas injurias.

Un rico Labrador, Jacob Kok, de *Zee-koe-rivier*, se paseaba un día por sus tierras, con el fusil bien cargado, cuando vió un león á poca distancia. Apuntó, hizo fuego, y lleno de pavor huyó al ver que el felino se iba á lanzar sobre él. Falso de aliento y exánime, se detuvo sobre un montón de piedras, y, dando una voltereta, resolvió defenderse, amenazando con la culata al león. Esta actitud impuso, sin duda, á la fiera, que se sentó; y al cabo de breve rato el cazador tuvo la singular fortuna de que el león desapareciese.

«En pleno día, —dice Livingstone, —el león del Africa austral se para durante algunos segundos para mirar á

la persona que halla en su camino; da vueltas á su alrededor, retrocede con lentitud algunos pasos, mirando siempre tras sí; después empieza á trotar, hasta que al fin, cuando cree que ya no se le ve, huye, dando saltos como un lebrele.»

Mr. Moffat dice haber visto á Buchems, y aun á sus mujeres, obligar al león á dejar á su presa, sólo con gritos y haciendo ruido.

## II

La pintura que acabamos de hacer no es, por cierto, muy halagüeña para la fiera del león del África austral, que difiere del argelino en valor, talla y fuerza. Pero, de todas suertes, no deben exagerarse las cosas; y la experiencia ha demostrado que el león de *hocico de perro* es también temible cuando siente hambre ó bien ve atacados y en riesgo á sus pequeñuelos. La voz de la naturaleza da al traste, entonces, con toda la prudencia del felino, que ataca lo mismo al negro que al blanco.

Mr. Oswell pasaba un día por Lopepé. Una leona se lanzó sobre su caballo, que se encabritó, y fuera de sí corrió desbocado á través de los campos; y en su furiosa y desenfrenada carrera lanzó el jinete sobre un árbol de espinos. Mr. Oswell se desmayó, y fué casi milagrosamente salvado por sus perros, que con su estrépito y rumores alejaron á la fiera.

Mr. Codrington, que sufrió un ataque parecido, logró matar al león.

Una viuda vivía con sus dos hijos, el mayor de los cuales tenía sólo diez y nueve años. Durante la noche turbaron su sueño el alboroto de los ciervos y antílopes encerrados en un parque no lejos de su morada. Todos corrieron á coger las armas, pues no había duda que por allí rondaba un león, y haría una horrenda carnicería entre aquellos animales domésticos. Los hotentotes y los hijos de la viuda no osaron penetrar en el cercado, pero ésta, intrépida y audaz, se dirigió allí, llevando preparado el fusil. La oscuridad era grande, y aquella valerosa mujer apenas podía distinguir á la fiera. Disparó, sin embargo; y, herido el león, se lanzó sobre ella. Á sus gritos acudieron los mancebos, y hallaron á su madre entre las garras de la fiera. Furiosos y desesperados, cosieron á puñaladas al felino. La pobre viuda había recibido tan horribles heridas en la garganta y el pecho, que fueron inútiles cuantos

auxilios se le prodigaron, y expiró al día siguiente en medio de los más atroces dolores.

Hé aquí otra narración de Livingstone, que proporciona interesantes detalles venatorios.

«Los leones molestaban en sumo grado á los moradores de Dabotsa. Una noche penetraron en los corrales del ganado, y destrozaron un buen número de vacas. Llegó á tal extremo el atrevimiento de las fieras, que atacaron al ganado aun durante el día, cosa tan desusada que hizo creer á los *bakattas* que eran víctimas de un sortilegio.

Procuré infundirles ánimo prometiéndoles que, uniendo todos nuestros esfuerzos, limpiaríamos la comarca de fieras. Hallamos á los leones en una colina poblada de bosques. Mis compañeros cercaron la colina, y empezaron su ascensión, acercándose unos á otros. Permanecí en el llano con un indígena llamado Mebaluú. El león aparecía sobre unas rocas, y mi compañero disparó precipitadamente, aplastándose la bala en el pedestal de rocas sobre que se hallaba el felino. Mordió éste el sitio donde había tocado la bala, como el perro que hinca el diente sobre el palo ó piedra que se le tira; y después, traspasando de un salto el círculo de los indígenas, escapó sin haber recibido el menor rasguño.

Los cazadores no osaron hostigarle, convencidos de que eran víctimas de un sortilegio.

Volví á cerrar el círculo de los indígenas. Aparecieron otros dos leones, pero esta vez no osamos hacer fuego, temerosos de herir á alguno de los africanos, que huían á la desbandada.

Viendo la cobardía de aquella gente, decidí regresar á la aldea; pero al dar la vuelta á una colina, se ofreció á mi vista un león, colocado sobre una roca rodeada de abrojos. Me hallaba á unos treinta pasos del animal, apunté lentamente, y solté los dos tiros.—¡Tocado! ¡tocado!—gritaron los *bakattas*.

Algunos de los cazadores creyeron que otro había disparado al propio tiempo sobre la fiera. Nadie, sin embargo, había hecho fuego.

Dejando para ocasión más propicia desvanecer semejante error, vi que el león estaba herido, pues detrás del matorral agitaba nerviosamente la cola. Di orden de que estuviesen quedos, mientras volvía á cargar el fusil, cuando oí sonar á mi alrededor terribles gritos. El león se lanzaba furioso contra mí.»

Livingstone fué derribado, y hubiese allí terminado su peregrinación, robando su preciosa vida á la ciencia y á la humanidad, si el felino no le hubiese dejado, lanzándose sobre varios indígenas. Por fortuna, los disparos de Livingstone produjeron su efecto, y el

león cayó muerto. Difícil es pintar las albricias y alegría de los *bakattas*, que vieron deshecho el sortilegio, y lo celebraron con espléndidas fiestas á la tosca usanza del país.

## III

Los colonos de las factorías establecidas en el Africa austral suelen cazar el león á caballo; pero sólo se atreven á realizar semejantes empresas en la llanura. Van por grupos de tres ó cuatro, á fin de auxiliarse; y si el felino se esconde entre los arbustos y malezas, entonces emplean los perros para hacerles salir de su escondrijo.

La actitud del león de *hocico de perro* es bien distinta, según vea á los cazadores de cerca ó de lejos. En el primer caso huye velozmente, y en el segundo desaparece lentamente, con aire hurano y de perdonavidas.

Cuando el felino se ve tenazmente perseguido, entonces, forzado á aceptar el combate, se detiene al fin, y hace frente á su enemigo, sacudiéndose y lanzando un breve rugido.

Este es el instante que deben aprovechar los jinetes. El que se halla más cercano dispara, y si yerra el golpe, ó sólo hiere al león, debe soltar la brida y huir á escape. Toca el turno entonces á otro jinete, repitiéndose las escenas mientras vive el felino, y se cambian los cazadores, que al huir han de volver á cargar las armas.

No se cita el ejemplo de ningún colono que haya muerto, en una cacería, bajo las garras del león del África austral.

Los perros tienen un importante papel en semejantes cacerías, y ellos solos bastan algunas veces para rendir al león. Doce ó quince dogos del Cabo atacan al felino, que se detiene y espera el combate. Los canes le rodean, atacándole todos á la vez, y le destrozán y triturán en breve rato. Los mordiscos de aquellos terribles dogos no dan tiempo al león para despedazarlos con sus garras.

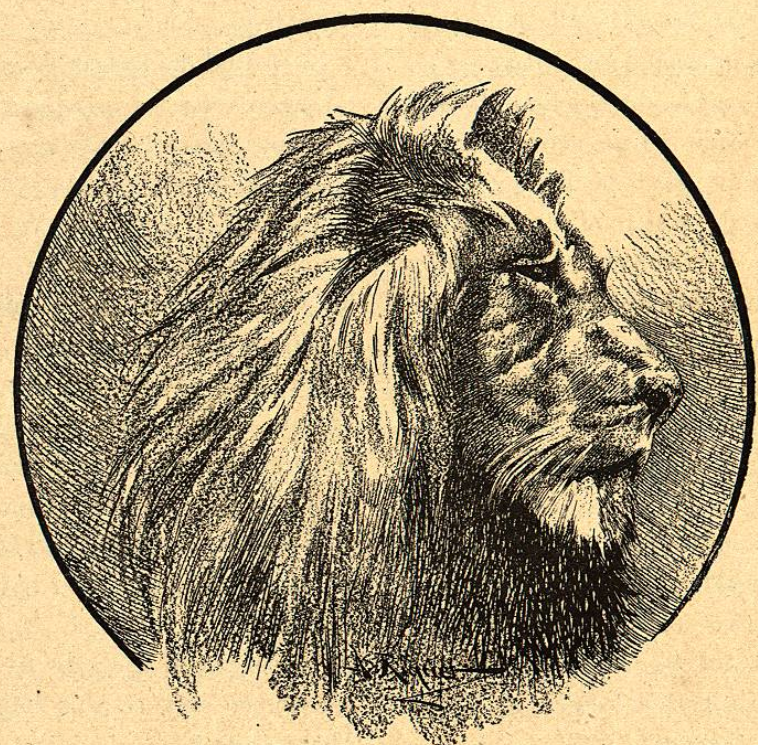
Los indígenas usan artificios y trampas para cazar al león, que suele evitar el prudente y cauto animal. Las armas que usan los pueblos del África austral son lanzas, y picas, y sólo algunos poseen malos fusiles cambiados con viajeros y exploradores europeos.

Mucho podríamos añadir sobre el león del África



austral, copiando párrafos y más párrafos de Le Vaillant, Moffat y del mismo Livingstone. Pero, á decir verdad, el león con *hocico de perro* no merece mayor atención ni espacio, cuando nuestros impacientes lectores deben esperar con curiosidad la narración de las cacerías del

puma, oso, elefante, girafa, gorila, y de la serie de animales venatorios que encierran aventuras y peripecias llenas de palpitante interés, no sólo para los cazadores, si que también para todos los que gusten de viajes, combates y peligros.



## CAPITULO VII

LA CAZA DEL PUMA Ó LEÓN PLATEADO DE AMÉRICA



Después del león, el puma. Por los bosques de América va-

gan también felinos, pero parangonados con los del África son enanos al lado de gigantes. El mayor de los pumas junto al león, puede compararse al tapir<sup>(1)</sup> con respecto al elefante. El manto real que cubre al león de Berbería falta en el puma, que sólo se parece al *said* del desierto en el color de su pelo.

Los naturalistas han apellidado al puma *león plateado*; su piel no muestra rayas ni manchas de ninguna especie, su pupila es redonda y su cabeza pequeña.

Vagan por la América del Sud: el puma con color, que ha sido bautizado por los *guaranis* con el nombre de *guazara*, por los criollos con el de *yaguapya* ó perro rojo, por los chilenos con el de *papi*; por los mejicanos, con el de *mizli*; por los americanos del Norte con el de pantera, y finalmente por los gauchos con el de león.

El cagnar ó puma *con color*, adulto, mide general-

mente, desde el hocico al nacimiento de la cola, 1 metro á 1 metro 20; la cola 0'65 centímetros, y la altura ó talla del animal, igualmente, 0'65 centímetros. La cabeza del puma es tan diminuta que es de todo punto desproporcionada con el resto del cuerpo, y sólo tiene vigorosas las piernas, provistas en sus extremidades de potentes garras.

Su pelo es espeso, corto y fino, algo más abundante por la parte inferior que por la superior, pero que no alcanza nunca el aspecto de la melena del león. No existe ninguna diferencia de color entre el macho y la hembra.

El puma, mora no solamente en la América del Sud, desde la Patagonia hasta Nueva Granada, sino que ha franqueado el istmo de Panamá, y se le encuentra en Méjico, en los Estados-Unidos y aun en el mismo Canadá.

Esto explica á maravilla la multitud de variados nombres que ha recibido el puma.

Los devotos de San Huberto leerán, sin duda, con verdadera fruición los siguientes detalles que nos proporciona un observador, que por ser algo añejo no deja de ser menos veraz é interesante. Aludimos á un ensayo sobre la historia natural de los cuadrúpedos en la provincia del Paraguay, escrito por Azara.

(1) El tapir tiene el aspecto de un cerdo con trompa de elefante.